

Dictadura, exilio y (pos)memoria: Escenas de lectura y escritura en *El azul de las abejas* de Laura Alcoba¹

Por Estefanía Di Meglio
(Universidad Nacional de Mar del Plata)

RESUMEN

El azul de las abejas (2013) es un relato de Laura Alcoba que podría considerarse de exilio. Escenifica diferentes instancias de escritura y lectura, las cuales se relacionan directamente con el exilio y el recuerdo y la memoria provocados por las vivencias de la dictadura y el exilio. El espacio de la escritura se sitúa como lugar en el que la niña protagonista puede escribir en su lengua materna. La escritura y la lectura en los diferentes planos aparecen asociadas y motivadas por dos situaciones clave: la dictadura y el exilio y los aspectos que a ellos se vinculan, el recuerdo y la (pos)memoria y las relecturas que de aquellas se hacen.

DICTADURA – EXILIO – LECTURA – ESCRITURA – MEMORIA

Durante las últimas décadas, el cruce entre historia y ficción se presenta como una estrategia frecuente en la escritura literaria de Latinoamérica en general y de Argentina en particular. Se trata de la ficcionalización de acontecimientos y procesos históricos así como de discursos y actores sociales y de las identidades que a ellos se vinculan. En estos casos, la ficción literaria postula nuevas miradas y lecturas-escrituras de la historia.

Ante tal rasgo, se suscita, al menos, un interrogante: a qué objetivos responde el que la literatura tome como materia ciertos hechos que comúnmente se situarían en el terreno de la historia. A partir de esto urge rastrear las especificidades de la escritura literaria en el tratamiento de tales temas, al tiempo que es menester entender tanto el posicionamiento y el punto de vista que adopta la práctica literaria ante aquellos como el sitio desde el cual erige su propio discurso. Nicolás Rosa sostiene: “lo que define a la literatura es ese menos donde se afirma y se funda. Una falta histórica, sociológica, psicoanalítica (para mencionar los saberes dominantes) que la revela como lo faltante del discurso social, como lo no-dicho del discurso colectivizado” (1987: 11). Ya lo señalaron Brecht y los primeros teóricos del lenguaje con las ideas de distanciamiento, extrañamiento y desautomatización: “Bertolt Brecht y los formalistas rusos pensaron que el arte está en condiciones de iluminar lo que nos rodea de modo más inmediato a condición de que produzca un corte por extrañamiento, que desvíe a la percepción de su hábito y la desarraigue del suelo tradicional del sentido común. La puesta en cuestión de lo acostumbrado es la condición de un conocimiento de los objetos más próximos, a los que ignoramos precisamente porque permanecen ocultos por la familiaridad que los vela. Esto rige también para el pasado” (Sarlo 2005: 53). La cita es de Beatriz Sarlo y conjuga esta noción general sobre la literatura con las revisiones del pasado histórico.

La narrativa sobre la dictadura y la postdictadura, y en este caso la denominada “generación de los Hijos”,² presenta nuevas y distintas reescrituras de la historia oficial de la

¹ Cabe aclarar que en tanto que se trabaja con una traducción (del francés al español) se hará un análisis del relato y de la historia y no propiamente del discurso, análisis centrado entonces en el enunciado y no en la enunciación.

² A la generación de los hijos de militantes y desaparecidos se asocia, entre tantos otros, un concepto. Se trata de la posmemoria, que Dominick LaCapra define como la “memoria adquirida de experiencias que no se han vivido en carne propia” (2006: 124). Beatriz Sarlo la explica de la siguiente manera: “Como posmemoria se designaría la memoria de la generación siguiente a la que padeció o protagonizó los acontecimientos (es decir: la posmemoria sería la ‘memoria’ de los hijos sobre la memoria de sus padres). La idea ha recorrido bastante camino en los estudios sobre el pasado siglo XX” (2005: 126). Antes, la autora explica: “La doble valencia de ‘recordar’ habilita el deslizamiento entre recordar lo vivido y ‘recordar’ narraciones o imágenes ajenas y más remotas en el tiempo. Es imposible (salvo en un proceso

última dictadura y una relectura de la serie literaria que ha reescrito, a su vez, esa historia, a partir de expresar lo alternativo desde una percepción secundaria e indirecta de los acontecimientos.

Sobre la novela

Hija de militantes perseguidos durante la época nefasta de la Triple A y la última dictadura en Argentina, Laura Alcoba nació en este país pero desde los diez años reside en Francia, lugar al que su madre debió exiliarse ante la persecución política y la inminencia del secuestro. En la novela *La casa de los conejos* reconstruye, precisamente, parte de esa historia desde la mirada infantil. Se trata de un “relato de infancia” inscripto en la serie narrativa sobre la última dictadura argentina. *El azul de las abejas* de 2013 se presenta como continuación de ésta y puede considerarse novela de exilio.

El texto escenifica diferentes instancias de escritura y lectura, las cuales se relacionan directamente con el exilio y el recuerdo y la memoria provocados por las vivencias de la dictadura. Al interior de la trama, se establece periódica correspondencia tanto entre la niña en el exilio (niña protagonista y a la vez testigo) y su padre –preso por motivos políticos en Argentina–, como entre ella y otros conocidos en el país dejado. De igual manera, se formula un pacto de lectura entre el padre y la niña, por el cual cada uno debe leer los mismos libros (él en Argentina y ella en Francia) y los comentan –en una suerte de crítica– en las cartas que se envían, con lo que la lectura y la escritura se convierten en motivos de unión que salvan la distancia entre ambos. En fin, la escritura y la lectura en los diferentes planos del relato aparecen asociadas y motivadas por dos situaciones clave: la dictadura y el exilio y los aspectos que a ellos se le vinculan, como lo son el recuerdo y la (pos)memoria y las relecturas que de aquellas se efectúan.

La escritura y la lectura se presentan como consecuencia directa del exilio obligado al que se ve sometida la niña. Ante la separación de los lazos familiares, de la distancia y del desarraigo que impone el exilio, el acto de entablar correspondencia, lo que implica indefectiblemente la lectura y la escritura, se figura como una acción y un espacio por medio de los cuales acortar esas distancias consecuencia de una dictadura. La protagonista cita al padre: “Decía que luego de mi partida los dos íbamos a escribirnos, y que era necesario hacerlo regularmente, al menos una vez por semana, de modo de mantener, en el papel, una especie de conversación. Me sentía capaz: sí, le escribiría” (AA 12).³ De igual manera les escribe a su amiga (AA 17) y a la profesora de francés en Argentina (AA 18). A propósito de las cartas que envía, confiesa: “Lo bueno de las cartas es que uno puede pintar las cosas como quiere, sin

de identificación subjetiva desacostumbrado y que nadie juzgaría normal) recordar en términos de experiencia hechos que no fueron experimentados por el sujeto. Esos hechos sólo se ‘recuerdan’ porque forman parte de un canon de memoria escolar, institucional, política e incluso familiar (el recuerdo en abismo: ‘recuerdo que mi padre recordaba’, ‘recuerdo que en la escuela enseñaban’, ‘recuerdo que aquel monumento recordaba’) (Sarlo 2005: 125). Desde otro ángulo, Winfried Georg Sebald habla de cierto aspecto de la posmemoria en primera persona, a propósito del Holocausto. En la “Advertencia preliminar” a su libro *Sobre la historia natural de la destrucción*, comenta lo siguiente: “Nacido en mayo de 1944, en una aldea de los Alpes de Allgäu, soy uno de los que casi no se vieron afectados por la catástrofe que se produjo entonces en el Reich alemán. El que esa catástrofe, sin embargo, dejó rastros en mi memoria, es lo que intenté mostrar mediante pasajes bastante largos tomados de mis propios trabajos literarios” (2010: 3). Más adelante, retoma la cuestión y añade explicaciones sobre ella: “Pasé mi infancia y juventud en una comarca del borde septentrional de los Alpes, en gran parte al margen de los efectos de las llamadas operaciones bélicas. Al terminar la guerra, acababa de cumplir un año y por consiguiente difícilmente habría podido guardar impresiones basadas en acontecimientos reales. Sin embargo, hasta hoy, cuando veo fotografías o películas documentales de la guerra me parece, por decirlo así, como si procediera de ella y como si, desde aquellos horrores que no viví, cayese sobre mí una sombra de la que nunca he salido” (2010: 72).

³ De aquí en adelante emplearemos AA en las citas de *El azul de las abejas*.

mentir por eso. Elegir entre las cosas que nos rodean, de modo que todo parezca más bello en el papel” (AA 19). La escritura se figura, entonces, como un objeto sobre el cual se reflexiona.

A estas cartas escritas entre padre e hija viene a sumarse otro modo de salvar la distancia y de estar conectados por medio de la escritura. Se trata de que los dos lean, cada uno desde el lugar donde está, un texto literario y que luego lo comenten en su correspondencia, en una especie de intercambio de “crítica literaria”: “Fue él quien tuvo la idea. En la cárcel papá lee mucho, empezando por los libros que le permiten tener y siguiendo por los libros de los otros presos, que siempre encuentran el modo de hacerlos circular. Esto me lo contó mi abuela” (AA 22). De esta manera, la lectura de los textos literarios y la escritura de correspondencia se constituyen en medios para soliviantar las consecuencias del exilio.

Pero es el libro mismo el que tiene su génesis en estos escritos. De una de las figuras de autor en uno de los últimos paratextos emerge la lectura de las cartas del padre, décadas más tarde, como motor de la escritura: la realidad (autor empírico, cartas del padre) y la ficción (relato: argumento, historia, personaje) se entrecruzan y operan a su vez otros cruces,⁴ el de la (“gran”) historia con la ficción literaria.

Este libro nació de ciertos recuerdos persistentes aunque muchas veces confusos; de un puñado de fotografías y de una larga correspondencia de la que no subsiste más que una voz: las cartas que mi padre me envió de la Argentina, donde estaba preso hacía varios años por razones políticas. Entre el mes de enero de 1979 y el momento en que pudo también él salir del país, papá y yo nos escribimos una vez por semana. Mis cartas desaparecieron, pero yo conservo las suyas. La primera está fechada el 21 de enero de 1979, la última el 21 de septiembre de 1981, es decir, pocas semanas después de su liberación. Durante más de treinta años las había conservado conmigo, pero no tuve el coraje ni la fuerza de releerlas. Lo hice durante la primavera francesa del año 2012 (AA 125). (Cursivas en el original).

Así, el tiempo de la dictadura que se está viviendo en Argentina se actualiza en el exilio: “Una mañana Raquel y Fernando desembarcaron en el barrio de la Voie Verte, en un auto muy blanco y lleno de regalos. Son dos amigos de mamá que se refugiaron en Suecia, argentinos también, antiguos guerrilleros, como mis padres y Amalia, que también los conoce” (AA 76). La figuración de la dictadura que se representa está trazada por visos particulares. El exilio ha levantado una barrera en el tiempo, por la cual el sujeto la coloca en algún lugar del pasado:

Ya los había visto en la Argentina [a Raquel y Fernando], hacía mucho tiempo, no recuerdo muy bien dónde ni cuándo exactamente. Pero lo que he olvidado por completo son los nombres con que los conocí. Porque en aquellos tiempos de clandestinidad deben de haberse llamado de otra manera, claro. Como todos los demás, habrán llevado nombres de guerra transitorios, Paco y Rita, Pepe y Mabel, Oscar y Jimena, vaya uno a saber. Habría podido preguntarle a mi mamá, que aún debe de acordarse, cómo no, pero qué importan ya los nombres del pasado (AA 77).

Pero tal situación, a saber, la de relegar al pasado ciertos datos y acontecimientos, pareciera encontrar explicación en el carácter traumático y horroroso de los hechos. Por ello, el personaje llega a creer que sus olvidos están cimentados en un casi intencionado deseo de no recordar: “A veces llego a pensar que no quiero acordarme; estamos al otro lado del océano, y es lógico que los nombres antiguos hayan quedado allá” (AA 77). En otro aspecto, la protagonista sitúa a la tierra que la expulsó como el *allá*, situación espacial que se ve traducida al lenguaje en el empleo de tal pronombre, cuya referencia se completa con la expresión, igualmente cargada del sentido de distancia, de “al otro lado del océano”.

⁴ Si bien el texto puede inscribirse dentro de lo que se consideraría como las “escrituras del yo”, escapa a la autobiografía en sentido estricto. En efecto, el personaje ni siquiera tiene nombre.

La escritura es a menudo el espacio simbólico que imaginariamente restituye, aún sin decir, lo no dicho, las ausencias, el vacío. Aunque a veces ella misma, junto con la inefabilidad del lenguaje, resulta insuficiente ante lo siniestro del trauma que signa ciertos vacíos. La tierra, lejana, se hace presente en la evocación del horror de una dictadura que se explicita en el relato de quien también la vivió, pero que ahora nombra a los que ya no están: en algunos casos su suerte fue, como la de ellos, el exilio; en otros, la muerte y la desaparición.

Fue Raquel quien empezó, después del segundo mate. De repente se puso a pasar listas de ausentes. Por momentos, Fernando la relevaba aportando el nombre de alguien que él recordaba, pero en general era Raquel la que iba enumerándolos. Parecía guardar en su cabeza no una sino muchas listas, listas interminables. *Juan se refugió en Suiza, en Göteborg. María murió en junio del 78. Cristina también, el mismo año, pero en septiembre.* Raquel evocaba a cada una de estas personas por su nombre verdadero... y si mentaba a veces su nombre de guerra, lo hacía en segundo lugar, como entre paréntesis, apenas para asegurarse de que todos comprendieran de quién estaba hablando. *Violeta (Carmen) está desaparecida. José (Miguelito) igual.* Pero con muchos de ellos no sabía qué había pasado: por eso decía los nombres en voz un poco más alta. A veces retomaba todo desde el principio, incluso aquello de lo que estaba segura, para cernir mejor lo que ignoraba. Raquel nunca hacía directamente una pregunta, pero todos comprendían qué esperaba cuando, al pronunciar un nombre, su voz quedaba como suspendida en lo alto. Si a algún nombre sólo seguía un silencio, era porque invitaba a sumarse a sus amigas, a llenar las lagunas, si podían (AA 86).

Se trata, asimismo, de la convocatoria del personaje que enuncia a completar entre todos una historia desarmada a pedazos. En el exilio, el abandono obligado del país no significa su olvido. Por el contrario, éste se presenta como un sitio en el que lo que puede hacerse es convocar el recuerdo de los que no están y con los que no se está, un recuerdo reconstruido entre todos.

La protagonista no deja de prestar atención a los nombres que menciona Raquel, en un intento por recordarlos. Hay en esta zona textual una apelación a la memoria que trasciende la experiencia individual para convertirse en memoria histórica.

Ante las mesitas suecas yo seguía, mal que mal, con mi tejido. Cada tres o cuatro filas debía volver atrás. Y sin embargo no me perdía una sola palabra de la lista de Raquel, tratando también de grabarla en mi memoria. Aun cuando muchas veces no lograra entender lo que decían. Pero sabía que no importaba, que a veces se registra mejor de qué se está hablando cuando no se entiende del todo (...) Como pasa con las lenguas, quizás así los recuerdos se nos graben mejor, precisamente porque se ha bajado la guardia, porque uno se ha dejado llevar (...) A pesar de todo, seguía prestando atención a la lista. Trataba de memorizar incluso los silencios, mientras seguía tejiendo mi bufanda en punto espuma (AA 87).

El acto del recuerdo en un instante en el que los que perdieron su tierra se reúnen en el exilio, se prolonga en el intento de reconstruir una historia que ha sido descoyuntada, hecha de vacíos y de ausencias, silenciada por un relato oficial —el de la nefasta prosapia militar— tramado en el ocultamiento y los silencios: “Amalia y mi madre llenaban algunas lagunas, pero otras, en cambio, seguían siendo vacíos” (AA 87).

A la dimensión espacial viene a añadirse el aspecto temporal: la distancia geográfica subsume el tiempo pasado. Con el exilio, la anterior vida, la vida en dictadura, se figura pretérita y lejana, quedando relegada a una situación otra en el tiempo y en el espacio. Pero al evocar toda la “locura de los años setenta” —como dice el sujeto de *La casa de los conejos*—, el recuerdo actualiza ese tiempo y ese espacio:

Y por un instante al menos el mundo quedó atrás, la escena se congeló... de golpe todos volvimos a estar un poco *allá*, un poco *en aquella época*, como suele decirse. Angustias, miedos, imágenes diferentes deben de haber surgido en nuestras mentes, pero ninguno los mencionó. Y nadie los nombrará, nunca, aunque los sepamos diferentes pero a la vez comunes, porque así es el exilio, no hay por qué decir más. Basta y sobra quedarse un momento en silencio, junto a un arenero en el cual, aquí y allí, brillan todavía unos rayitos de escarcha (AA 77-78). [Así es el paisaje de la Voi Verte].

El anterior fragmento está atravesado por cierta modulación del recurso de la ambigüedad, en cuanto que aparecen conjugados, juntos pero a la vez disociados, el tiempo y el lugar que se han dejado atrás pero a los que se retorna en el campo de lo imaginario. Pasa ahora a denominarse con la lejanía que imponen los pronombres empleados: se trata de un *allá*, de *aquella época*, expresiones que subsumen la dimensión temporal y la espacial. Por otra parte, la niña define el exilio como un terreno en el que a menudo sobran las palabras. Sería algo así como una experiencia en la que, por ser compartida, el lenguaje queda inerte. Se actualiza el silencio como recurso lingüístico: ya no sólo el habla, también –y más aún– los espacios en blanco hablan y forman parte del discurso. Pareciera configurarse el lenguaje como instrumento inefable e insuficiente ante la realidad de ciertas circunstancias. Frente a ello, mejor habla el silencio. El pasado no tan lejano aparece figurado en la mención, por sinécdoques, de sus consecuencias: “angustias”, “miedos”.

La dictadura se reconstruye desde el exilio pero también desde el presente de la enunciación, a través de las marcas que deja en la subjetividad de una niña y en la experiencia construida de y con los que pertenecen al mundo adulto. La escritura y la lectura se figuran como mecanismos para sortear la distancia y el desarraigo impuestos por el exilio, impuesto éste a su vez por el gobierno de facto. La lectura y la escritura de la dictadura se modulan en un sentido más amplio, en cuanto que desde la novela –y por extensión, la literatura– se construyen miradas y perspectivas particulares de la dictadura, el exilio y la memoria sobre ese período.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando (1996). “Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico”. *Casa de las Américas* 202, Año XXXVI, enero-marzo.
- Alcoba, Laura (2014) [2013]. *El azul de las abejas*, Traducción de Leopoldo Brizuela, Buenos Aires, Edhasa.
- Alcoba, Laura (2010) [2007]. *La casa de los conejos*, Traducción de Leopoldo Brizuela, Buenos Aires, Edhasa.
- Arfuch, Leonor (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Boccanera, Jorge (1999). *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Rosario, Ameghino.
- González Leegstra, Cintia (2011). “El juicio a Etchecolatz: nuevos y viejos actores en la lucha por la justicia”. *Intersticios* 2, Vol. 5: 129-144.
- La Capra, Dominick (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*, Buenos Aires, FCE.
- Rivera, Andrés (1994). “La ficción de la realidad”. *Clarín*, 22 de septiembre. Cultura-6.
- Rosa, Nicolás (1987). “Estos textos, estos restos”. *Los fulgores del simulacro*. Universidad Nacional del Litoral, *Cuadernos de extensión universitaria* 15.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.
- Sebald, Winfried Georg (2010) [1999]. *Sobre la historia natural de la destrucción*, Buenos Aires, Anagrama-Página 12.

Spivak, Gayatri (1998): “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”. *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria* 6, III: 175-235.

Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

Yerushalmi, Yosef y otros (1989). *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión.